

EL HEGEMONISMO EN EL INICIO DEL NUEVO MILENIO

HUGO FAZIO

Al iniciarse el nuevo milenio las formas de dominación en el nivel mundial se han modificado, tienen nuevas características, específicas. Ello es natural, porque el capitalismo va evolucionando, vive nuevas fases. Siempre ha sido así. El modo de producción capitalista, como todas las formas sociales, debe examinarse en movimiento. Es un proceso simultáneo de continuidad y cambio.

Los procesos de globalización superan la dominación del pasado de zonas del mundo por determinados centros de poder, para adquirir dimensiones universales. Ello no permite caracterizarlas en la actualidad como colonial/eurocéntrica, aunque se quiera ampliar la connotación de esta definición, ni puede verse a partir unilateralmente de la cosmovisión europea. El centro actual no tiene una expresión geográfica. Las fuerzas dominantes ya no requieren como en el pasado para imponer sus designios el dominio territorial. El capital actúa teniendo al universo como escenario. Tiene razón Cordonil cuando afirma que es necesario ir más allá de la crítica al eurocentrismo efectuando la crítica al globocentrismo que 'debería buscar diferenciar el mundo y mostrar la altamente desigual distribución del poder y la inmensa diversidad cultural'.

Lamentablemente, lo que se encuentra rezagado es una visión global contrapuesta de las fuerzas por las transformaciones, que se expresa muy claramente en las realidades del movimiento social y político. La organicidad de los trabajadores, por ejemplo, está muy desfasada con relación a la forma cada vez más planetaria como se mueve el capital. Esta visión contrapuesta es determinante para poder superar el globocentrismo, encabezado por un puñado de grandes consorcios transnacionales.

El hegemonismo actual exige para caracterizarlo, como siempre ha sido necesario, penetrar en la realidad, tratar de entenderla y, para superarlo, poder visualizar sus contradicciones principales. Dado que los entrelazamientos y complejidades de las formas actuales de dominación son incomparablemente superiores a un pasado no muy lejano, las dificultades para superar las contradicciones centrales son también necesariamente más grandes, a nivel mundial como en cada país en concreto. Como siempre lograrlo pasa necesariamente por la toma de conciencia de los seres humanos y su capacidad para ponerse en acción. El pensamiento crítico latinoamericano y en las diferentes zonas del mundo tiene que adquirir esta nueva dimensión, que está presente en el pensamiento de grandes pensadores revolucionarios del pasado.

Las formas de la dominación se modifican incesantemente. El pensamiento crítico tiene que desarrollarse comprendiéndolo. 'La economía global -escribió el economista norteamericano Lester Thurow, en su libro 'El futuro del capitalismo'- crea un mundo en el cual las fuerzas geoeconómicas extranacionales dictan las políticas económicas nacionales. Con la internacionalización -agrega Thurow-, los gobiernos nacionales pierden muchos de sus recursos tradicionales de control económico'.

Esta es la realidad que vive Chile, acentuada por la aplicación de un modelo que en su lógica también conlleva procesos desnacionalizadores y la reducción o eliminación de mecanismos reguladores esenciales. Los Estados nacionales pierden capacidad de acción, sin que ello conduzca ni a negarles importancia ni a pensar que su capacidad de acción es irrelevante. Pero, deben moverse en un escenario diferente. La modificación de este escenario debe provenir de procesos sociales muy profundos y muy vastos.

En las últimas décadas, el mercado de capitales se transformó, como señalan los economistas franceses Gerard Duménil y Dominique Levy, en 'el centro nervioso del dispositivo neoliberal'. Su peso ha pasado por momentos distintos. La finanza moderna nace a fines del siglo XIX. Lenin habló en ese momento de la fusión del capital bancario e industrial dando lugar a un nuevo tipo de capital: el financiero. Otros autores señalaron que éste estableció su control sobre la industria. Lo indiscutible es su protagonismo, que atraviesa por diferentes momentos, hasta alcanzar su máxima expresión en nuestro tiempo, transformándose en una fuerza avasalladora, apoyado en la carencia de regulaciones a nivel global así como en la generalidad de los países.

Si la dominación adquiere niveles de elevada centralización, la vastedad de las fuerzas a reunir para generar transformaciones, a partir de ser afectadas por la forma de dominación existente, es muy amplia. El pensamiento crítico debe desarrollarse con una visión de alianzas a construir que tenga en cuenta esta realidad. Las visiones estrechas, sectarias, le hacen un daño muy grande a su fortalecimiento, transformándose en muchos momentos en una causa de debilitamiento.

El esquema diseñado al finalizar la segunda Guerra Mundial en la Conferencia de Bretton Woods de orden económico mundial por las grandes potencias occidentales se desmoronó ya a comienzos de la década de los setenta cuando EE.UU. se vio obligado, ante los desequilibrios generados, a terminar con el respaldo oro del dólar. Desde entonces no existe un nuevo esquema de reemplazo. Ello necesariamente da lugar a contradicciones crecientes. Chile, por ejemplo, que se caracterizó a comienzos de la década de los noventa por establecer regulaciones que constituyeron ejemplos importantes en el plano mundial, hoy día vive un proceso de apertura irrestricta. Ello profundiza desequilibrios latentes, que sin duda en un momento deben expresarse.

Con la globalización, como escribió el director de Le Monde Diplomatique, Ignacio Ramonet, 'la libertad de circulación de los flujos financieros es total, y este hecho domina, de lejos la esfera de la economía. Del mismo modo que los grandes bancos dictaron, en el siglo XIX, la política de muchos países, o las empresas multinacionales lo hicieron entre los años sesenta y ochenta, los fondos privados de los mercados financieros -agrega Ramonet- son los que tienen en su poder el destino de muchos países. Y, en cierta medida, el devenir económico del mundo. Los mercados financieros -concluye- se encuentran en medida de dictar sus leyes a los Estados. La globalización financiera consagra la supremacía de las fuerzas del mercado sobre las políticas económicas. A partir de ahora, son los mercados que deciden si las políticas económicas nacionales son buenas o no'.

Estos fondos privados, por lo demás, significativamente actúan poniendo a su servicio recursos de terceros, entre ellos de los trabajadores. Así acontece en Chile con el mecanismo de fondo de pensiones, un porcentaje de la remuneración pasa, gracias a este sistema, a ser manejado directamente por el capital.

En los últimos años dos fenómenos acrecentaron la preocupación por las consecuencias desequilibrantes del desarrollo de un mercado de capitales globalizado. De una parte, el crecimiento del mercado mundial de capitales rebasó lo esperado. Sólo en tres años, de 1995 a 1998 -de acuerdo a cifras del Banco Internacional de Pagos- creció en más de un 33%, de 1,39 a 1,85 billones de dólares. Menos del 5% de ese total estuvo relacionada con el comercio de bienes y servicios. El monto total que se mueve crece constantemente. Hacia el 2000 ya se cifraba en US\$ 2.000 billones. En octubre de 1997, en los llamados países emergentes -iniciada ya la crisis asiática- el volumen diario de negocios en divisas alcanzó a US\$ 59,5 miles de millones. En verdad, son cifras tan colosales que escapan a la comprensión de la generalidad de la población del orbe.

Y de otra parte, la magnitud de la inestabilidad monetaria se multiplicó, transformándose en un factor impulsor central de crisis en diferentes regiones del mundo, entre ellas América Latina. Desde la segunda mitad de los años ochenta se inició un fuerte flujo de recursos desde los países centrales a naciones en desarrollo de Asia y latinoamérica, muy por encima de los requerimientos de sus economías, que terminó desempeñando un papel desequilibrante. Ello es fundamental para entender la crisis mexicana de 1994, la del sudeste asiático a mediados de 1997 y posteriormente la de Rusia y Brasil. Este carácter desequilibrante volverá a manifestarse a futuro. ¿Hasta cuándo estas crisis se resolverán cargando sus elevados costos sobre los pueblos?

La crisis de los 'dragones' asiáticos y los remezones posteriores en América Latina, que sumieron en la recesión en 1999 a la generalidad de los países de América del Sur y que en países como Argentina se prolongaron en el 2000 no pueden entenderse sin tener en cuenta la alta vulnerabilidad a nivel mundial provocada por las drásticas fluctuaciones de los movimientos de capitales. Ello en una economía planetaria que alcanza precisamente en este plano sus más altas expresiones de globalización sin contar con mecanismos de regulación. Urge crear una nueva arquitectura financiera internacional, pero ello -a diferencia de lo que ha sido usual- debiera generarse democráticamente.

El movimiento de capitales en una u otra dirección provoca las más variadas consecuencias. En un momento, contribuyó a explicar las altas y prolongadas tasas de crecimiento experimentadas por varios países en desarrollo durante la segunda mitad de los años ochenta y los noventa hasta que se precipitasen las situaciones de crisis. Pero, al mismo tiempo es clave para entender la sobrevaluación de las monedas nacionales, los déficits comerciales y en cuenta corriente, y el alza desmesurada de los precios de los activos, factores todos que más tarde dieron origen en varios países a la salida masiva de recursos o a cursos recesivos mucho más profundos de lo esperado como aconteció en la economía chilena en 1998.

El acceso a los mercados de capitales globalizados profundiza desigualdades, aumenta los procesos de concentración patrimonial, como es muy evidente también en la experiencia chilena. Una minoría tiene acceso a los mercados financieros internacionales, a tasas de interés más baja, montos más elevados y por plazos más largos, mientras la mayor parte de las empresas tiene que financiarse en las condiciones extremadamente onerosas de los mercados de capitales internos. La elevación de las tasas de interés, en las recurrentes políticas de ajuste seguidas durante la década, aumentaron este proceso de diferenciación. 'Los pobres y las empresas productivas -han

escrito Ricardo Ffrench Davis y Roberto Bouzas- no pueden correr en los períodos de auge a la velocidad de los que tienen acceso a los mercados financieros internacionales'.

Paralelamente, el capital busca quedar liberado de cualquier forma de regulación. En la medida que ellas se eliminan, al abrirse más y más las economías, los bancos centrales y gobiernos -con mayor razón en pequeños países como Chile- pierden capacidad de incidir en el acontecer económico.

Crece la convicción, incluso al interior del staff económico de los organismos internacionales, que la desregulación conduce a un atolladero. 'La desregulación financiera - señaló el vicepresidente del Banco Mundial (BM), Kemal Dervis- ha ido demasiado lejos'. De las crisis financieras, los prestamistas -agrega- han salido bien parados. 'Los mecanismos de intervención del FMI se han preocupado de su protección, que los países afectados por las crisis les paguen rigurosamente'. En cambio, luego de las crisis económicas 'los estragos sociales - anota Dervis- están ahí: decenas de millones de personas han quedado en una situación de pobreza extrema. Necesitamos -concluye el alto personero del Banco Mundial- un Estado capaz de reconducir la situación con impuestos y educación'.

Las críticas al FMI y el BM surgen desde muchos lados. Un comité asesor del Congreso norteamericano sacó la conclusión que ambas instituciones han fracasado en sus intentos de generar estabilidad financiera y/o crecimiento económico en los países en desarrollo, preocupándose 'demasiado -agregó- de emprender costosas operaciones de rescate'. En las crisis de la década de los noventa frecuentemente el FMI actuó en apoyo de los acreedores y no de los países afectados y sus poblaciones. 'Su sistema de manejo de crisis de corto plazo -concluyó el estudio- es demasiado caro, sus respuestas son muy lentas, sus consejos son habitualmente equivocados y sus esfuerzos por influir en la política económica son demasiado entrometidos'.

'El FMI -comentó a su turno el economista norteamericano Jeffrey Sachs, analizando este accionar- se ha mostrado muy solícito hacia Wall Street. Si usted es, digamos, un banco estadounidense con inversiones brasileñas, quiere que Brasil mantenga su tipo de cambio hasta que le reembolsen (después de eso, a quién le importa!). Por lo tanto, usted presiona al FMI y a la Tesorería norteamericana para instar a Brasil, Rusia o cualquier otro desventurado a defender su moneda. Esto le da tiempo para retirar su dinero intacto antes de cualquier cambio en los valores monetarios. Sin embargo, la moneda de Brasil había estado sobrevaluada por años, golpeando duramente a los exportadores de Brasil y contribuyendo a un bajo crecimiento económico. Los mercados financieros comprendieron el impacto de esto y esperaban una devaluación. Si la defensa de la moneda logra su propósito durante seis meses, ése es todo el tiempo que necesitan los bancos internacionales con préstamos a 90 días en sus libros para proceder con su fuga'.

En el año 2000 esta forma de actuar del FMI se volvió a manifestar en Argentina, con su abierta presión para que se despachase el proyecto del gobierno de De la Rúa de 'flexibilidad' laboral, así como sucesivos regresivos planes de ajuste fiscal. Estos propósitos motivaron una gran oposición ciudadana, que se expresaron directamente en contra del FMI a fines de mayo cuando decenas de miles de personas se reunieron en Buenos Aires para señalarle a una delegación del organismo internacional su rechazo y en jornadas de protestas de desocupados que se efectuaron en diferentes regiones en los meses finales del año.

Las críticas se han expresado igualmente por varios altos funcionarios de los propios organismos internacionales. Entre estas formulaciones destaca la efectuada por el ex economista jefe y vicepresidente del BM, Joseph Stiglitz.

'Desde que terminó la guerra fría -escribió Stiglitz- se ha entregado un poder enorme a las personas encargadas de diseminar el evangelio del mercado hasta los rincones más remotos del globo. Estos economistas, burócratas y funcionarios -añade-, actúan en nombre de los Estados Unidos y de otras naciones industriales avanzadas, y, a pesar de ello, hablan un lenguaje que pocos ciudadanos comunes entienden y que pocos formuladores de políticas se dan el trabajo de traducir. La política económica es hoy día probablemente la parte más importante de la interacción de EE.UU. con el resto del mundo. Sin embargo, la cultura de la política económica internacional de la nación más poderosa del orbe no es democrática. Pero, si la gente en la que depositamos nuestra confianza para manejar la economía global -en el FMI y en el Departamento del Tesoro- comienzan a abrir un diálogo y aceptan de corazón las críticas, las cosas seguirán siendo muy, muy equivocadas. Lo he visto antes'.

'Una y otra vez -sigue Stiglitz- quedé abismado al ver cuan anticuados y ajenos a la realidad eran los modelos que los economistas de Washington estaban empleando. Pero mala economía era sólo un síntoma del problema real: el secreto. Si hay algo que he aprendido de mi trabajo en el gobierno es que la apertura es esencial en aquellos ámbitos donde la experticia parece ser lo más importante. Críticos, desde la derecha, como Martin Feldstein, presidente del consejo de asesores económicos del presidente Reagan, y George Schultz, Secretario de Estado de Reagan, se unieron a Jeff Sachs, Paul Krugman y a mí en la condena de tales políticas. Pero con el FMI insistiendo en que sus políticas estaban más allá de cualquier reproche, y sin una estructura institucional que lo hiciera prestar atención, nuestras críticas sirvieron de muy poco. Más temible aún fue el hecho de que los críticos internos, especialmente aquellos con una responsabilidad directa de dar cuenta democráticamente, fueron mantenidos en la oscuridad'.

'Una discusión abierta hubiera dado lugar a preocuparse de asuntos que todavía reciben muy poca atención en la prensa de los EE.UU. (para que hablar, agregamos nosotros, de la chilena que es muchas veces más cerrada), ¿Hasta qué punto -se pregunta Stiglitz- el FMI y el Departamento del Tesoro promovieron políticas que de hecho contribuyeron a aumento de la volatilidad económica global? Más importante aún, ¿es que los EE.UU. -y el FMI- promovieron políticas porque creíamos -o ellos creían- que las políticas ayudarían a los países del Asia de Este, o porque creíamos que ellas irían a beneficiar los intereses financieros de los EE.UU. y del mundo industrializado más avanzado?'

Stiglitz fue obligado a renunciar al Banco Mundial por la presión del Departamento del Tesoro de EE.UU., precisamente por sus críticas a los manejos del FMI. Otro alto funcionario del Banco Mundial, Ravi Kanbur, también debió renunciar igualmente por exigencia estadounidense, luego que un informe suyo acerca de desarrollo constataba que el crecimiento no implica necesariamente reducción de la pobreza y de las desigualdades

El FMI 'falló' igualmente, al decir de su propio ex director gerente, Michel Camdessus, en la tarea de 'corregir la creciente desigualdad en la distribución del ingreso que acompaña a la globalización'. De igual modo, el actual director del Instituto Estatal de Investigación Francés se pronunció por una renovación del FMI, de manera que no sea el G-7 -es decir EE.UU., Japón, Alemania, Francia Gran Bretaña, Italia y Canadá- quien dicte las estrategias financieras mundiales. Sus auténticos dueños, agregó Camdessus, son todos sus países integrantes. Hoy en día, recalco, ya no se puede distinguir como lo hicimos por demasiado tiempo entre países importantes grandes o sistémicos y naciones pequeñas. Al menos desde la crisis de Tailandia en 1997 se sabe que un país llamado chico, 'al derrumbarse puede desestabilizar al mundo'. Este inmenso desafío, remató, impone inmediatamente al Fondo, así como a toda la comunidad mundial, imaginar, proponer y

ayudar a establecer instituciones 'no más dominadas por unos pocos, sino reflejando esta diversidad del mundo'.

La discusión de los grandes temas económicos a nivel mundial o de zonas de la tierra debe efectuarse con participación de todos los países y de los directamente afectados. De allí la importancia de las manifestaciones y demandas que dominan desde Seattle, a fines de 1999, las reuniones de la élite económica mundial.

'La globalización -como escribió en The New York Times el ex orador de la Cámara de Representantes de EE.UU., Jim Wright- es un hecho irreversible. Nuestro desafío para el siglo XXI será controlarla, administrarla y humanizarla. Deben existir algunas reglas en común para asegurarse de que ésta sirva -en lugar de explotar- al común de las personas. La acumulación de resultados sociales de todo tipo de fusiones, contrataciones externas e inversiones extranjeras -agregó reflexionando sobre el ciudadano norteamericano común y corriente, y ante todo en los trabajadores- incluye una cantidad cada vez mayor de estadounidenses que no están cubiertos por el seguro social, reciben salarios menores y tienen empleos menos seguros; un incremento en la cantidad de trabajadores empobrecidos, y la nueva norma de que en una pareja con ingreso medio, ambos tienen que trabajar para conseguir el poder adquisitivo que antes brindaba un solo salario'. Fuera de EE.UU., los desequilibrios se expresan aún con más fuerza, la desigualdad en la distribución del ingreso es todavía más aguda.

'Fue la creciente frustración de la fuerza laboral con todo lo anterior -agrega Wright- lo que estalló en las calles de Seattle para recibir a la Organización Mundial de Comercio a comienzos de diciembre. Este es el motivo que se encuentra detrás de las manifestaciones. La productividad laboral ha crecido en forma impresionante, pero los salarios no han seguido el mismo ritmo. Con cada año que pasa, más poder económico se queda en menos manos. Unas cuantas empresas enormes controlan más riqueza que los gobiernos nacionales. Y cada vez existe menos responsabilidad pública. ...alguien debe elaborar nuevas reglas para los derechos de los trabajadores de todos los países. Lograr la prohibición del trabajo infantil y del trabajo de esclavos. Trabajemos -concluyó- para el siglo XXI'.

Seattle pasó a la historia como un primer hito en la irrupción social en el nivel global. El director del FMI, Horst Köhler -en la víspera de la 55ª reunión anual del Fondo Monetario y el Banco Mundial efectuada en Praga a fines de septiembre del 2000- ante la magnitud de las demandas de amplios sectores de la opinión pública de muy diversos países precisamente desde los días de Seattle, debió admitir los incrementos de las desigualdades durante el proceso de globalización. 'El FMI -manifestó Köhler- debe contribuir a que la globalización trabaje para todos', en un reconocimiento expreso que ello no sucede actualmente. 'La dirección de la reforma (del FMI) -agregó- debe ser fortalecer el carácter monetario de la institución, pero, si no define su papel sobre el mayor reto actual, que es que la economía global no funciona en beneficio de todos, entonces olvida sus obligaciones'.

La demanda mundial obligó a Köhler en pocos meses a modificar el discurso pronunciado al asumir su cargo en abril del mismo año. En aquel entonces, enfatizó -en un discurso similar al del Banco Central de Chile-, que su objetivo consistiría en centrarse en las metas originarias del FMI. esto es, vigilar la ortodoxia monetaria y macroeconómica y dejar cuestiones como la pobreza para el Banco Mundial.

El reconocimiento expreso de Köhler es un nuevo triunfo del espíritu de Seattle, que

nuevamente se expresó en las calles de la bella ciudad de Praga durante la reunión del FMI y el Banco Mundial. El día de la inauguración, las más altas autoridades económicas y financieras del mundo debieron permanecer por horas recluidas en el Centro de Conferencias donde se efectuaba la cita, al ser rodeado por manifestantes reclamando contra las expresiones de capitalismo salvaje que acompaña la globalización y la apertura económica en su forma actual.

Finalmente, se terminó la sesión un día antes de lo programado, para evitar nuevas manifestaciones. En cierta medida se repitió lo acontecido en Seattle cuando la reunión de la Organización Mundial de Comercio finalizó sin acuerdo. En Praga debió ponerse fin a las deliberaciones anticipadamente. Las autoridades de ambos organismos internacionales declararon, al término de la reunión, que estudiarán la frecuencia y la forma de sus eventos futuros para evitar acciones similares. De lo que se trata, obviamente, no es modificar el escenario, sino que se enfrenten los problemas de fondo que originan las protestas.

En particular, Köhler prometió acelerar en lo posible la condonación de la deuda de veinte de los 41 países más pobres del planeta. Este plan se lanzó en 1996, pero a la cita de Praga sólo se había aplicado a diez naciones. Cinco de estos países (Zambia, Tanzania, Senegal, Mauritania y Camerún), después de acogerse al plan, aún pagarán por su deuda una cantidad de dinero anual superior a sus presupuestos para Sanidad y Educación juntos. La demora en cumplir con las promesas es muy grande. De acuerdo a cifras entregadas por el propio Köhler, los países, de la Organización de Cooperación y Desarrollo (OCDE) prometieron gastar el 0,7% de su PIB en ayudas para el desarrollo. Sin embargo, hasta septiembre del 2000 entregaban apenas un 0,24%.

La condonación de la deuda de los veinte países más pobres sería, sin duda, un hecho positivo, pero no agota abordar a plenitud la magnitud de las desigualdades profundizadas en el curso del proceso de globalización, que amplía en general la brecha entre el grupo de países más ricos con el resto de las naciones, así como también al interior de cada uno de ellas, ni elimina las contradicciones engendradas por el globocentrismo.

Los cambios por arriba, es claro, no dependen de los directivos de ambas instituciones, sino de sus mandantes, ante todo de EE.UU. y la Unión Europea. Köhler y el presidente del BM James Wolfensohn, en los discursos finales de la reunión de Praga, llamaron a estas potencias a actuar más decididamente, enfatizando en la necesidad que reduzcan sus barreras de protección. 'No es nuevo -dijo Köhler- que los países subdesarrollados, especialmente los que dependen de exportar sus productos agrícolas, sufren por el hecho de que los mercados de los países ricos les cierran las puertas'. El porcentaje de votos de EE.UU. y la Unión Europea en los organismos internacionales conduce a que ninguna decisión importante pueda adoptarse sin su visto bueno. Washington posee el 17,87% de los sufragios y la UE un 22,66%, requiriéndose una mayoría de 55% para tomar este tipo de determinaciones. Es decir, ambos tienen en los hechos derecho a veto.

Las preocupaciones del FMI y el Banco Mundial surgen de la fuerza de los hechos y se refuerzan al temer estallidos sociales a partir del agravamiento de las desigualdades. 'Una de las cosas que pueden desestabilizar a los países desarrollados (...) -manifestó Wolfensohn- son las protestas sociales en todo el mundo, y creo que las cifras se están volviendo tan apremiantes que corremos un serio riesgo'.

En el nivel mundial crece la demanda y las opiniones a fin de establecer mecanismos regulatorios al movimiento de capitales, particularmente de corto plazo, dado su carácter

fuertemente desestabilizador. Esta demanda, expresada en la implantación del impuesto propuesto por el premio Nobel de economía James Tobin, tiene una base de apoyo cada vez más amplia, ante la carencia precisamente de regulaciones en un mercado globalizado de capitales gigantesco, cuyos movimientos resultan frecuentemente incontrolables incluso para la acción coordinada de los mayores bancos centrales de la tierra.

Por ello, ya no constituye un hecho novedoso que las intervenciones conjuntas de los bancos centrales de las grandes potencias económicas en defensa de una moneda reiteradamente fracasen, como aconteció por ejemplo en septiembre del 2000 con el intento de EE.UU., la Unión Europea, Japón, Canadá y el Reino Unido de detener el proceso devaluatorio del euro, adquiriéndolos masivamente. Reiteradamente la palabra decisoria la dicta el 'mercado', es decir la dirección en que se muevan los grandes consorcios presentes en él.

Las contradicciones en el mundo actual son muy agudas. Los principios éticos en economía como, desde luego, en una formulación de cualquier naturaleza deben colocar en primer lugar a los hombres. De allí que, los patrones de desarrollo, como señaló Cepal, en el documento preparado para su 28º período de sesiones, efectuado en abril del 2000 en Ciudad de México, con el título de 'Equidad, Desarrollo, Ciudadanía', deben reorientarse 'en torno a un eje principal, la equidad, es decir la reducción de la desigualdad en sus múltiples manifestaciones. Esta es si se quiere -concluye el documento- la vara fundamental para medir la calidad del desarrollo'. Más específicamente podríamos agregar que la vara principal de medición debe ser superar la desigualdad en la distribución funcional del ingreso, o sea la forma como éste se distribuye entre los factores productivos, ante todo capital y trabajo.

Si partimos de estos criterios, ni en el mundo, ni en América Latina, ni en Chile imperan al comenzar el nuevo milenio principios éticos esenciales. 'La distribución del ingreso -señala el secretario ejecutivo de la Cepal. José Antonio Ocampo- se ha deteriorado en un conjunto amplio de países industrializados y en vías de desarrollo, que concentran el 57 por ciento de la población mundial, en tanto que sólo ha mejorado para el 16 por ciento de la población del mundo y para el resto se ha mantenido inalterada. Esta desigualdad es quizás la mejor comprobación -agrega- de que el mercado por sí solo no garantiza que los beneficios de su desarrollo dinámico lleguen a todos'.

El Mapa de la desigualdad en el nivel global lo describió el Banco Mundial en su informe anual 2000-2001. La brecha entre países ricos y pobres -señala el estudio sobre desarrollo mundial- se duplicó en los últimos cuarenta años y sigue aumentando en la nueva década. El ingreso promedio de los veinte países más ricos del mundo es 37 veces mayor que el de las veinte naciones más pobres. En los países ricos un niño de cada cien se muere antes de los cinco años. En los países pobres, el mismo índice es cinco veces mayor, dándose situaciones que en algunos países hasta un 50% de la infancia sufre de malnutrición.

Igualmente, constata el documento, las desigualdades crecen al interior de los países, expresándose entre regiones, así como en grupos étnicos diferentes. De una parte se produce una acumulación de riqueza sin precedentes y, de otra, casi la mitad de la población mundial -o sea, unos 2.800 millones de personas- viven con menos de dos dólares diarios. De ellos, 1.200 millones lo hacen con menos de un dólar al día. El secretario general de las NN.UU., Kofi Annan, calificó de un 'insulto' el hecho que tantas personas en el mundo vivan con menos de un dólar diario.

En América Latina, Africa al sur del Sahara y en Asia del sur el número de personas en situación de extrema pobreza en el período analizado creció sostenidamente. El estudio constata

que el crecimiento económico, siendo fundamental, es frecuentemente insuficiente para que la población más pobre mejore su calidad de vida. Ello conduce a la conclusión que se requiere políticas activas por parte de los Estados, el funcionamiento del mercado -a pesar de todas sus potencialidades- no resuelve automáticamente los problemas, como expresan las posiciones macroeconómicas más ortodoxas. El pensamiento crítico necesita tener muy presente esta exigencia.

Un hermano de la pobreza es el hambre. La Organización de las NN.UU. para la Alimentación y la Agricultura (FAO) en un estudio del año 2000 -titulado 'Estado de Inseguridad Alimentaria en el Mundo'-, con datos del bienio 1996-1998, señala que más de 800 millones de personas, el 13% de la población total de la tierra, pasa hambre, situación -subraya- que 'no ha atraído la suficiente atención que merece'. De dicho total, 792 millones de personas vivían en países en desarrollo y 34 millones en las naciones desarrolladas. Es una cifra aún muy alta, recalca la FAO, destacando que su número hace treinta años era de 960 millones de personas.

Más aún, la cifra no ha disminuido desde 1995-1997, o sea desde que la cumbre mundial de la alimentación, realizada en Roma en 1996, se propuso reducir a 400 millones el número de personas con hambre a nivel mundial para el año 2015. La FAO señala que dicho objetivo recién se alcanzará en el 2030. 'Los que sufren de severa desnutrición no pueden esperar otros quince años', concluyó el estudio..

La pobreza adquiere sus expresiones más dramáticas entre la niñez y la población de la tercera edad. Incluso en EE.UU., de acuerdo a estadísticas del Centro Nacional para el Niño de la Universidad de Columbia, los índices de pobreza en 1999 fueron mayores que hace veinte años atrás, al afectar a más de trece millones de la población infantil. La tasa subió a 18,7%, en circunstancias que en 1979 era de 16,2%. En Nueva York llegó a 24,2%, en un porcentaje importante debido al incremento de los inmigrantes, que trabajan por remuneraciones inferiores.

Precisamente, Nueva York, la capital financiera de EE.UU. es un claro reflejo de la magnitud alcanzada por la regresión en materia de distribución del ingreso y de su carácter universal. Allí convive el mayor número de millonarios del planeta con una creciente pobreza masiva. 'En la Gran Manzana (de Wall Street) -se escribió en un reportaje de la agencia francesa AFP-, los departamentos se negocian en decenas de millones de dólares y algunos de los perros se pasean por las calles con la ropa de los diseñadores parisinos que visten a sus dueños. Sin embargo, en el mismo período... -agrega citando un estudio de la Fundación Robin Hood- un 25% de la población de Nueva York ...son pobres. Cual paradoja -destaca el reportaje- las familias pobres 'son las que hacen funcionar la ciudad'.

La Fundación destaca que la pobreza afecta tanto a las familias inmigrantes como a los no inmigrantes, refutando la afirmación que el incremento en sus índices sea sólo una consecuencia de la oleada de personas provenientes de otros países, en gran número de naciones latinoamericanas. Este cuadro dramático se daba en un momento en que el nivel de desempleo era en EE.UU. el más bajo en treinta años. Es de imaginarse cuál será la situación al entrarse -como inevitablemente ocurrirá- en un nuevo cuadro recesivo.

El Fondo de Población de las NN.UU. (FNUAP), en su informe sobre el estado de la población mundial al año 2000, a su turno, recalca la desigualdad entre los sexos, destacando en particular el índice de mortandad materna, los abortos efectuados en malas condiciones y la violencia ejercida en contra de las mujeres. Cada año mueren 500.000 mujeres durante el embarazo,

el parto o inmediatamente después de éste. Estos fallecimientos en su casi totalidad se producen en los países en desarrollo, donde sólo el 53% de los nacimientos se realizan con asistencia médica. Al inicio del nuevo milenio, cada año cuatro millones de mujeres son vendidas o prostituidas.

La Cumbre del Milenio de las NN.UU., efectuada en septiembre del 2000, se propuso nuevamente como objetivo prioritario reducir la extrema pobreza y aportar mejoras reales en la vida de los pueblos. Las NN.UU. califican en extrema pobreza a las personas que viven con menos de un dólar al día. Otro de los propósitos acordados fue disminuir hacia el año 2015 a la mitad el porcentaje de personas que no tienen acceso al agua potable. El texto se propone que a igual fecha todos los niños de la tierra puedan terminar un ciclo completo de enseñanza primaria, se reduzca la mortalidad materna en tres cuartas partes y la de los niños menores de cinco años en dos terceras partes.

En la Cumbre del Milenio también se demandó en muchos discursos la necesidad de reducir la desigualdad económica y social entre ricos y pobres y en asegurar que el proceso de globalización beneficie a todos por igual y no sólo a los países más desarrollados. El gran tema es, claro, por qué se agudizan las desigualdades y las proclamas reiteradas de eliminar la extrema pobreza no se cumplen. Así como delinear los caminos concretos que posibiliten realmente la superación progresiva de estas inequidades.

El balance de la Cumbre de Copenhague efectuada en Ginebra a mediados del año 2000 en una sesión especial de las NN.UU. fue pobrísimo. El tema de la reducción de la pobreza se 'chuteó' para más adelante. Surgió un nuevo compromiso de disminuirla a la mitad para el año 2015, sin establecer los mecanismos concretos para obtenerlo, lo cual no puede sino provocar decepción. El único acuerdo específico fue el planteamiento de establecer una moratoria de pagos durante las situaciones de crisis.

La desigualdad en la distribución tiende a generar tensiones sociales agudas. No deja de ser revelador que incluso el ex director del FMI, Michel Camdessus, en una entrevista concedida después de dejar su cargo, admitió que 'la pobreza puede hacer estallar este sistema', dado 'las diferencias entre ricos y pobres que se han generado'. Se trata del mismo sistema económico que Camdessus defendió ardorosamente a la cabeza del organismo internacional. A nivel mundial, en los años de predominio neoliberal de las últimas décadas el abismo entre los ricos y los pobres se profundizó en una magnitud gigantesca.

En verdad, en el mundo lo que predomina no son valores éticos, sino el afán de concentrar riqueza, aumentar la masa de utilidades, fomentándose el más despiadado individualismo.

Según cifras del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, hechas públicas en 1998, los 225 personajes más ricos en el mundo acumulan una riqueza equivalente a la que tienen los 2.500 millones de habitantes más pobres (el 47% de la población). En un informe emitido sólo dos años antes se debían sumar las fortunas de 358 multimillonarios para llegar a un monto similar.

Las desigualdades son impresionantes: 'Las tres personas más ricas del mundo -ejemplifica el PNUD- tienen activos que superan el PIB combinado de los 48 países menos adelantados'. O 'un niño de un país industrializado va a consumir en toda su vida lo que consumen cincuenta niños en un país en desarrollo'. Pero, al mismo tiempo -agrega el organismo de las NN.UU.-, 'el

reparto interno tanto en esos países privilegiados como en los que ocupan las peores situaciones tampoco es equitativo'.

La tierra se encuentra sometida a una explotación de recursos naturales demencial, que afecta fuertemente a los países dependientes. Como señaló el Fondo Mundial para la Naturaleza si cada uno de los seres humanos consumiera recursos naturales y emitiera dióxido de carbono (CO²) al ritmo que lo hacen los ciudadanos de los países desarrollados, se precisarían al menos otras dos Tierras para atender las necesidades. De acuerdo al informe 'Planeta Vivo 2000', la riqueza natural de los bosques, del agua dulce y de los ecosistemas marinos de la Tierra ha declinado en un tercio desde 1970.

'Planeta Vivo 2000' utilizó por primera vez una medida de la presión humana sobre el ecosistema global, a la que denominó 'huella ecológica'. Esta fue elaborada teniendo en cuenta seis componentes distintos: el área de cultivo necesaria para producir los alimentos que consume el individuo; el área de pastoreo para producir productos animales; el área de bosque necesaria para producir madera y papel; el que necesita el individuo para construir infraestructuras y vivir; y el área de bosque necesaria para absorber CO².

Al igual como acontece con el ingreso generado, las riquezas disponibles se utilizan inequitativamente. La superficie necesaria para producir los recursos naturales consumidos por un estadounidense medio y absorber el CO² que emite es casi el doble de la superficie requerida por un europeo occidental y casi cinco veces la de un asiático, un africano o un latinoamericano. De allí la conclusión de la investigación que 'los principales responsables de la continua pérdida de riqueza natural de los trópicos son los consumidores de las naciones más ricas ubicadas en las regiones templadas del norte del planeta'.

En opinión del presidente del Fondo Mundial para la Naturaleza, el ex primer ministro holandés Ruud Lubbers, 'la raza humana no puede darse el lujo de seguir dependiendo de manera tan drástica de los recursos naturales del mundo'. Mejores prácticas empresariales y tecnologías modernas -agrega Lubbers- podrían de alguna manera rectificar la situación, pero los habitantes de naciones desarrolladas necesitarían reducir el consumo a medida que crecen las economías de las naciones más pobres. Ello revela la magnitud de las contradicciones en desarrollo y los conflictos potenciales existentes.

En Chile se produce una aguda expoliación de sus recursos naturales, lo que deja en poder de unos pocos consorcios presentes en el sector rentas extras gigantescas pertenecientes a la totalidad de los chilenos. Las grandes empresas mineras obtienen rentabilidades records en el nivel mundial, mientras en la práctica casi no tributan y, simultáneamente, Codelco pierde progresivamente presencia. En el pasado reciente, la alta participación de la empresa estatal retenía esta renta (absoluta y diferencial) para el país.

Un estudio de Cepal publicado en el año 2000 ratificó la magnitud de la renta extra obtenida por las grandes empresas mineras ubicadas en territorio nacional, que les permite lograr ingresos adicionales con relación a yacimientos similares en otros países del mundo, que registren inversiones de igual magnitud. La investigación concluyó en que en Chile los proyectos que califica de modelo tanto en la minería cuprífera como en la aurífera, obtienen las tasas internas de retorno más elevadas en el nivel mundial. Se trata de un 'logro' conseguido a costa de Chile y su población, dado que parte significativa de ella no proviene del esfuerzo empresarial, sino de ventajas naturales del país, que lógicamente deberían quedar en poder de sus habitantes.

Estas altas tasas de retorno, por tanto, en un porcentaje significativo no provienen de la excelencia productiva ni de los procesos directos de producción, sino de la renta extra obtenida.

América Latina constituye la región de la tierra de peor distribución del ingreso. Tiene el récord mundial de desigualdades. La concentración de riqueza es gigantesca. En la década de los noventa, el 20% de la población latinoamericana de menores ingresos recibía tan sólo el 4,5% del PIB, mientras que el 20% de las personas con mayores rentas acaparaba cerca del 53%. Según datos de la Cepal, en 1999 el 36% de la población, 224 millones de personas, vivía en condiciones de pobreza, debido ante todo a la mala distribución del ingreso que en numerosos países, incluido Chile, lejos de aminorarse, empeora. De dicho total, 117 millones eran menores de veinte años. En 1990 alcanzaba al 41% y en 1980 a 35%, porcentaje casi idéntico al registrado en 1997 (36%).

En Brasil, el mayor país latinoamericano, el porcentaje de pobres alcanzó en 1999 a un 34,9% de la población, afectando a 54,4 millones de personas. En 1998, el porcentaje había sido de 33,8%. La crisis de 1999 aumentó el número de pobres, los cuales desde luego varían en consonancia con la evolución del ciclo económico.

América Latina tampoco cumplió con los objetivos acordados en 1995 en la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social efectuado en Copenhague de avanzar en erradicar la extrema pobreza. El ex presidente Patricio Aylwin, durante cuya administración se impulsó la Cumbre de Copenhague, responsabilizó directamente de este fracaso a la 'idolatría del mercado que en nuestros días prevalece en casi todo el mundo'. En otras palabras, el predominio neoliberal no logró resolver los problemas sociales más agudos, sino que los agravó.

La precariedad del empleo es una característica en desarrollo. Crece, en particular, el trabajo informal. 'El empleo ha tenido, en general -escribe el secretario ejecutivo de Cepal, José Antonio Ocampo-, un comportamiento débil en la región, según se evidencia, en la mayoría de los países, en un aumento del desempleo abierto, en un deterioro de la calidad de los empleos o en una combinación de ambos. De acuerdo con las estimaciones de la Cepal, siete de cada diez puestos de trabajo se han generado en ocupaciones informales'.

Un estudio dado a conocer por el Banco Interamericano de Desarrollo muestra las repercusiones sociales de este estado de cosas. América Latina es una de las zonas del mundo de más alta criminalidad. El número de asesinatos por cada mil habitantes crece. Su porcentaje es más elevado que en los demás grupos de países del mundo, con la sola excepción de África. Esta realidad, el BID la vincula acertadamente a que los ingresos per cápita de los latinoamericanos han sufrido el mayor retroceso frente a los países desarrollados en los últimos cincuenta años, desplazando a la región del segundo al quinto puesto y situándola por debajo del sudeste asiático, Medio Oriente y Europa del Este. Esta realidad la perciben claramente los latinoamericanos. Las encuestas efectuadas por el Banco Interamericano indican que la mayoría piensa que la pobreza creció mucho en los últimos años y que la distribución del ingreso es injusta.

En la región es muy alto el número de 'analfabetos funcionales', formado por aquellas personas que desertan del sistema escolar antes de obtener las habilidades y conocimientos mínimos para desenvolverse bien en la sociedad. De acuerdo a cifras de Unesco, esta forma de analfabetismo afecta a cien millones de latinoamericanos. Mientras tanto, el número de analfabetos alcanza a 40 millones de personas, quienes representan el 4,5% de los 880 millones de personas que no saben leer ni escribir en el mundo.

Se ha difundido la tesis que el mercado y el crecimiento resolverían automáticamente los problemas de la falta de equidad y, por ende, de la desigualdad en la distribución del ingreso. No ha sido así. Ello no significa desconocer las potencialidades de los mecanismos de mercado, ni negar la importancia del crecimiento económico. De lo que se trata es de tener presente las limitaciones del mercado, los problemas que no resuelve o lo hace tardíamente con un elevado costo, la forma cómo se reparte la riqueza creada y simultáneamente como la concentración de la riqueza se constituye en un obstáculo a que se expresen los propios mecanismos de mercado.

El ex director del FMI, Michel Camdessus, también lo constató: 'No hay que considerar -dijo- el mercado como una divinidad a la que hay que adorar. Se ha visto que el mercado solo, sin regulación pública eficiente no funciona bien y puede crear situaciones sociales y de poder destructoras para la democracia y para el mismo mercado'. A confesión de parte, relevo de prueba.

Es un tema acuciante que no resuelven los teóricos de la llamada 'tercera vía'. Los planteamientos de su ideólogo Anthony Giddens se limitan a postular que el gobierno logre 'que la población sea capaz de adaptarse y moverse de acuerdo a la nueva realidad para obtener de ello una sociedad decente y humana'. Giddens se manifiesta de acuerdo con la 'desregulación, siempre y cuando sea manejada en forma correcta. Pero -agrega- la agenda no puede quedarse ahí, debe incluir inversión pública, hay que invertir en personas, en infraestructura, en educación, en condiciones que permitan que la gente sea capaz de adaptarse a la nueva realidad'. Todos aspectos positivos, pero que signifiquen sólo 'adaptarse', no modificar un estado de cosas que es la causa básica del agravamiento de las contradicciones y de las desigualdades.

En una conferencia europea sobre desarrollo, organizada por el Banco Mundial, el primer ministro francés, Lionel Jospin, fue más lejos que Giddens, planteó la necesidad de construir la 'mundialización política', la cual -especificó- lleva el nombre de regulación. Ha llegado el momento -agregó- de atacar el problema de la arquitectura de la regulación mundial'.

En los últimos años, tal cual lo plantea Giddens, se hace constante referencia a la importancia del factor humano y de la educación para superar la situación de pobreza de una parte significativa de la población mundial y para reducir la creciente brecha social existente, sin embargo las políticas concretas dominantes conducen al mundo en la dirección opuesta. 'Cabe preguntar -como ha señalado el Premio Nobel de Economía, Amartya Kumar Sen- si el hecho de reconocer la importancia del capital humano ayudará a comprender la relevancia de los seres humanos en el proceso de desarrollo'.

El crecimiento económico -como lo demuestra por lo demás la propia experiencia chilena- no es suficiente para modificar la desigualdad en la distribución del ingreso. Se requiere la aplicación de políticas concretas propiamente distributivas. La nueva formulación, en el contexto del esquema económico-social dominante, proviene de la ecuación igualdad de oportunidades, crecimiento económico y equidad.

Los propiciadores de esta formulación no nos explica por qué el fuerte crecimiento económico vivido por la economía chilena en los últimos años de la década de los ochenta y una buena parte de los noventa - cuando ya era gobierno la Concertación y la palabra equidad se introdujo en el modelo económico heredado - no condujo a cambios positivos en materia de distribución del ingreso. La inequidad distributiva constituye un gran problema social no enfrentado y en estricto rigor agravado en el tiempo.

Un estudio de la Cepal, entregado en la II Conferencia Regional de Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, durante mayo del 2000, constató que ni en condiciones de crecimiento sostenido durante varios años la distribución del ingreso regional mejoró. Sin embargo, su atención para superar el problema se centra prioritariamente en el factor educacional y su incidencia en la ocupación -aspecto, sin duda, importante- pero que no puede servir para perder de vista el punto de partida básico de la distribución del ingreso, o sea la participación en su repartición de parte del capital y de los poseedores de medios de producción usables en el proceso de producción por los cuales se paga renta, de un lado, y los trabajadores del otro.

El documento muestra que el trabajo remunerado representa alrededor del 80% del ingreso total de los hogares en latinoamérica. Pero, no se detiene en la relación de los niveles remuneracionales con la productividad del trabajo, y, por tanto, con las ganancias obtenidas por el capital, sino que se centra en mostrar las nuevas posibilidades que se presentarían si los trabajadores contaran con un nivel educativo mayor y, por tanto, con la posibilidad de acceder a trabajos mejores.

Según el estudio, quienes no completan más de ocho años de educación se desempeñan en un 80% a 90% como operarios, obreros, empleados domésticos o trabajadores agrícolas, con un ingreso promedio mensual insuficiente para garantizar los requerimientos materiales de un nuevo grupo familiar. En cambio, entre el 50% y 55% de aquellos que estudian por doce años o más logran ocupar puestos de trabajo como profesionales, técnicos y cargos directivos, aumentando sus niveles de ingreso y de bienestar social. Sus cifras indican que sólo el 20% de los jóvenes cuyos padres no alcanzaron a terminar su educación primaria logran terminar el período secundario y que entre los hijos de padres con más de diez años de estudio, el porcentaje de quienes logran terminar la educación secundaria supera el 60%.

Los objetivos educacionales, desde luego trascendentes, no se pueden colocar como el único camino privilegiado para alcanzar una supuesta 'igualdad de oportunidades', la cual se levanta frecuentemente como camino alternativo al de mejorar la distribución funcional del ingreso. Sin duda, la educación y la calificación deben ser componentes de propósitos distributivos efectivos, que, es claro, no pueden limitarse sólo a estos aspectos, por valiosos que sean. De esta manera, se pretende utópicamente generar 'equidad' sin tocar los grandes intereses económicos beneficiarios del modelo, alcanzar la 'equidad' a través de mecanismos parecidos a las políticas cupulares de consenso, que en Chile reiteradamente han significado el acuerdo entre el Gobierno y los partidos de derecha, lo cual no es el camino, obviamente, para políticas de justicia social.

La propia Cepal, en su informe anual 'Panorama Social de América Latina' de 1997, advirtió, con razón, que la enseñanza por sí sola no es suficiente para proporcionar 'mayor igualdad de oportunidades'. Por lo demás, en el plano educacional también se expresa la concentración económica. De allí que el organismo internacional llame la atención que se requiere, debido a la alta concentración del ingreso y de la educación, aplicar simultáneamente políticas en las áreas educacional, patrimonial, ocupacional y demográfica, ámbitos todos en donde se tiende a reproducir la desigualdad, para poder así alcanzar significativos avances en materia de equidad. En dicho documento, destacó como un mal endémico la persistencia del desigual reparto de las riquezas en las naciones de América Latina.

La distribución no puede reducirse básicamente a lo que acontece en el mundo laboral, a la diferenciación entre trabajadores calificados y no calificados. Considerándose los procesos de diferenciación que se producen al interior de los trabajadores y el alto número de asalariados de

baja calificación, la distribución del ingreso debe examinarse ante todo por la evolución porcentual de un lado de las remuneraciones y, del otro, de los excedentes de explotación.

Fundamental pasa a ser, entonces, cómo se distribuyen los frutos del crecimiento, que surge, en definitiva, de la nueva riqueza creada por los hombres. Mientras la distribución beneficie más en términos proporcionales a una minoría -como acontece en Chile-, el deterioro en la distribución del ingreso continuará. El modelo económico imperante en el país, básicamente inmodificado desde los años de dictadura, por su carácter fuertemente concentrador y por reducir el papel activo del Estado, no lleva a obtener avances en este plano. Por el contrario, conduce a permanentes retrocesos. En consecuencia, se requiere vincular concretamente el crecimiento económico con políticas distributivas.

Por ello, el tema de la distribución no puede examinarse sólo considerando a los amplios sectores de la población postergados, sino también asignándole un carácter central a los factores que conducen a acentuar los procesos de concentración de la riqueza y del ingreso. En otras palabras no puede circunscribirse a que sucede con los sectores de la población de menores ingresos, sino cómo las capas de mayores ingresos captan los porcentajes mayoritarios del mismo. La distribución del ingreso es un tema de porcentajes. Por ello, no se resuelve a través de los mecanismos de chorro, que pueden incluso darse agravándose la inequidad distributiva.

Uno de los grandes desafíos de la hora actual es si las sociedades, los pueblos, generan fuerzas que restablezcan sus derechos, por tanto la economía se mueva en función de los hombres y no de los intereses de pequeñas minorías. La realidad debe presentarse y entenderse tal como es, pero para modificarla, democratizarla, reducir los desequilibrios sociales. Así confluían en una misma dirección los valores éticos, el crecimiento económico y el desarrollo social. La irrupción de amplios sectores registrada masivamente a nivel mundial desde los acontecimientos de Seattle, a fines de 1999, crea la esperanza que la sociedad se transforme en protagonista y aporte a superar los desequilibrios y contradicciones existentes.

La pregunta recurrente es si existen o no soluciones para estos problemas. Sin duda, en procesos complejos es enteramente posible. El propio progreso humano lo permite. Un solo ejemplo, extraído de estudios de las NN.UU. lo testimonia. Según el organismo internacional para brindar a toda la población mundial el acceso a las necesidades de base (sustento, agua potable, educación, salud) sería suficiente con descontar, sobre las 225 más grandes fortunas de la Tierra, ya mencionados, menos del 4% de la riqueza acumulada. Ni siquiera se trata que dejen de ser extraordinariamente ricos, sino se reparta un porcentaje pequeño de lo reunido.

Como dice Fernando Coronil, 'los discursos dominantes de la globalización ofrecen la ilusión de un mundo homogéneo que avanza constantemente hacia el progreso. Pero la globalización está intensificando las divisiones de la humanidad y está acelerando la destrucción de la naturaleza. Es tarea de los estudiosos críticos -concluye- ...desenmascarar este truco mágico'. Lo determinante es sacar a luz las múltiples contradicciones en curso, plantear alternativas frente a ellas, y generar movilización ciudadana para ponerles fin.